
Veinte años no es nada..., cuando se habla de 50

Ángela Rojas
ICOMOS, Cuba



Agradezco enormemente a Francisco Vidargas que me haya invitado a dejar parte de los 20 años de recuerdos, en los que he tenido el honor y el placer de acercarme a los entresijos del Patrimonio Mundial, de la mano de amigos que me fueron conduciendo a un área del conocimiento que solo había avistado desde lejos y atisbado discretamente como profesora de rehabilitación urbana.

Era y es un mundo de complejidad científica unida a una tremenda muestra de diversidad cultural, plagada de polémicas y hasta, a veces, de posiciones antagónicas. Pero esas contradicciones han llevado a un importantísimo desarrollo del pensamiento, a una profundización constante en la teoría, que han acompañado al permanente perfeccionamiento de la práctica de la protección y conservación,

no solo del patrimonio reconocido como valor universal, sino también del cercano y cotidiano.

En esta corta nota mencionaré varios temas en los que mantuve cierta participación. Estoy segura de que algunos otros colegas, que dedicaron más tiempo y ocuparon mayores responsabilidades, tienen mucho más que decir, pero debo referirme a lo que, en mi posición dentro del Comité Ejecutivo de ICOMOS, entre 2002 y 2014, aprendí de mis compañeros de trabajo y, posteriormente, en las misiones de evaluación, así como en algunas incursiones en expedientes de nominación, todo lo cual, me hace sentir feliz al decirlo, ha continuado hasta la fecha.

Fui testigo de procesos importantísimos, como el desarrollo de la *Carta de Itinerarios Culturales* y de los *Principios de La*

Valeta, y coordiné un grupo de trabajo sobre bienes en serie en el Comité Ejecutivo de ICOMOS, en el que conté con la magnífica ayuda de varios colegas. La convocatoria que hace *Hereditas* solicita un testimonio sobre nuestras “experiencias, recuerdos de éxito (o no), en el ámbito de la Convención”, y es a ello a lo que me referiré.

Un gran éxito: la ampliación del concepto de lo valioso

La visión holística es un producto de los años noventa, que toma en cuenta el reconocimiento de la categoría de “paisaje cultural”, pero se consolida en la primera década del siglo XXI, en gran medida gracias al trabajo desarrollado por los comités científicos de ICOMOS, que se enfocaron en el análisis y la discusión que conducirían con el tiempo a un enfoque sistémico, como el Comité Internacional de Itinerarios Culturales (CIIC), el Comité Internacional Ciudades y Villas Históricas (CIVVIH) y el Comité Científico Internacional Paisajes Culturales (ISCCCL), en cuanto a la ampliación en el sentido físico, mientras que de lo temporal se ocupó el Comité Internacional sobre el Siglo XX (ISC20C) y, claro está, con su dosis de atemporalidad, el Comité Internacional de Arquitectura Vernácula (CIAV).

El concepto de *itinerario cultural* apareció como “ruta patrimonial” en las *Directrices Prácticas de la Convención del Patrimonio Cultural* (2005) y la *Carta de Itinerarios Culturales* fue aprobada en la XVI Asamblea General de ICOMOS, que tuvo lugar en Quebec, Canadá, en 2008. En dicho documento doctrinal se expresan ideas de extraordinaria novedad y alcance, como que “los Itinerarios Culturales representan procesos interactivos, dinámicos, y evolutivos de las relaciones humanas interculturales que reflejan la rica diversidad de las apor-

taciones de los distintos pueblos al patrimonio cultural”.

Los bienes seriados, cuyo primer ejemplo data de 1979, han sido tildados en varias ocasiones como subterfugio para la inscripción de bienes culturales que carecen de valor universal. Después de dedicarles 12 años de estudio, que han incluido, además del análisis de las series inscritas como tales o que lo son de hecho, la revisión de expedientes de nominación y la participación en la elaboración de algunos, cada vez me convenzo más de que son una realidad de la historia, no un mecanismo de inscripción.

La ampliación del concepto de *lo valioso* provoca en los bienes en serie una de las mejores expresiones de que los procesos históricos son más importantes que la secuencia de hechos. Ésta marca un camino, mientras que las series se basan en relaciones históricas y culturales, que van más allá de las fronteras nacionales, para centrarse en fenómenos de conjunto e influencias recíprocas. Junto con los itinerarios y el reconocimiento del estrecho vínculo con los aspectos intangibles, constituyen la muestra del gran logro alcanzado en el proceso de comprensión del patrimonio como un sistema dinámico y abarcador.

Pero, quizás, el cambio más profundo se está dando en los procesos de consideración de la diversidad de valores y, a la vez —en una verdadera espiral dialéctica—, en el cuestionamiento de algunos. Los temas recientes, como los relacionados con los conflictos de todo tipo, la resiliencia, el desarrollo local y otros, constituyen una muestra de la evolución permanente de la teoría y, por tanto, confirman el carácter exitoso de la propuesta. Ser testigo, y por momentos, participante de un proceso tan importante, ha sido un verdadero privilegio.



© AR, Qhapaq Ñan, Perú.

Otro gran éxito: el papel de América Latina en la evolución del pensamiento en relación con la Convención

América Latina ha desempeñado un papel fundamental en ese sentido, determinado en gran medida por las particularidades históricas y geográficas de la región y por la conciencia de unidad cultural que ha caracterizado a los especialistas y a importantes instituciones, a lo cual también ha contribuido la identidad de la lengua, pues una cultura no puede entenderse a cabalidad si no se comprende su idioma, siendo por ello muy difícil de juzgar, y más aún, decidir sobre el valor de sus manifestaciones o huellas.

La historia común de América Latina y el Caribe ha dado, como resultado más visible, una gran cantidad de ciudades históricas inscritas en la *Lista del Patrimonio Mundial*, lo cual, más que ser calificado de sobrerrepresentación de una tipología, debe ser entendido como la expresión clara de un proceso histórico de relativa poca duración y mucha intensidad: la fundación de ciudades durante la conquista y la colonización. Y eso también se evidencia en las particularidades de ciertos temas, como el de la Revolución Industrial en las Américas, vinculada a los procesos de la minería, y vista como anterior al caso europeo, así como en lo

quizá más evidente: la enorme vitalidad de las culturas tradicionales y el vínculo estrechísimo entre lo material y lo intangible.

Los itinerarios culturales son un ejemplo de la significación de la región, en primer lugar, por la génesis, en gran medida iberoamericana y apoyada por España, del Comité Científico Internacional de ICOMOS, y por la inscripción en la *Lista del Patrimonio Mundial* de dos importantísimos itinerarios culturales que han marcado una pauta metodológica: el Camino Real de Tierra Adentro (México, 2010) y el Qhapaq Ñan-Sistema Vial Andino (Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú, 2014).

Tuve la oportunidad de poner en marcha dos misiones de evaluación del Qhapaq Ñan, en el componente de Argentina y en uno de los tramos de Perú. Además de la excelencia de la metodología empleada me resultó fabuloso verificar que, como se señala en la *Carta Internacional sobre los Itinerarios Culturales*, el rumbo expresa “haber generado una fecundación múltiple y recíproca, en el espacio y en el tiempo, de las culturas afectadas, que se manifiesta tanto en su patrimonio tangible como intangible”.

Los latinoamericanos que nos dedicamos a la conservación hemos recibido una formación muy semejante y compartimos viejos y nuevos ritos y mitos. Es por ello que mucho se ha logrado no solo en el plano de la amistad, sino también en el desarrollo de un pensamiento común. Durante los 20 años a los que me refiero se han sucedido reuniones de gran alcance en varios países y hemos sido testigos de publicaciones importantísimas sobre temas relacionados con la Convención, pero también de exitosos ejemplos de conservación y de gestión.

He participado, entre otros, en encuentros inolvidables convocados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, en los que se fue jalando la evolución del pensamiento, que ha abarcado, desde el discutido tema de la representatividad de los bienes de las Américas, pasando por la autenticidad, los nuevos usos, la vigencia de la *Carta de Venecia*, así como el análisis del camino recorrido, en ocasión de los 40 años de la Convención, y otros que, reflejados asimismo en la revista *Hereditas*, constituyen ejemplos precisos de esa constante ebullición conceptual que, siendo “de acá”, trasciende “a allá”.

Pero debo hablar de la práctica, no solo de la teoría y aunque se me tilde de chovinista, quiero recordar el enorme desarrollo a lo largo de todos estos 20 años, del proceso de conservación y gestión de La Habana Vieja y los otros bienes cubanos inscritos en la *Lista del Patrimonio Mundial*. Todos son ejemplo de éxitos de la Convención, pues el hecho de su inscripción fue el impulso necesario para excelentes procesos de gestión mundialmente reconocidos.

Y para cerrar...

Recuerdo una tarde en el Boulevard de Grenelle, en París, en la que Pancho López Morales, Gustavo Araoz y yo tomábamos unos deliciosos helados mientras “arreglábamos el mundo” y en particular a ICOMOS. De pronto nos quedamos callados y, cuando el ángel terminó de pasar, Pancho dijo: “lo mejor de ICOMOS es la cantidad de amigos que uno tiene en todas partes del mundo”.

Quiero recordar con una, aunque triste, sonrisa, a dos amigos que ya no están: las cultas travesuras de “my dear President”, como siempre llamé a Michael Petzet, y la elegancia

cia discreta y hasta tímida de Carlos Pernaud, con la que acompañó su permanente posición de principios, entre ellas la insistencia en el reconocimiento del valor universal de varios bienes o mi derecho a tomar un capuchino en la tierra del *café au lait* [...].

En mi última reunión del Comité Ejecutivo de ICOMOS, entonces aún en la Rue de la Fédération, me despedí diciendo “Siempre me quedará París”. Ciertamente, pero cuando pienso en aquellos 20 años me vienen a

la mente los autobuses (*guaguas* para mí) en los que íbamos de recorrido a sitios patrimoniales. La parte trasera se convertía en el escenario para nuestros fabulosos e intrépidos cantantes de Iberoamérica, y a la improvisada e incómoda platea en movimiento acudían amigos de todo el mundo (Grecia, Bulgaria, India, Estados Unidos), aunque no entendieran nuestro español o portugués. La nostalgia, así, se convierte en certeza de que siempre me quedarán, más que París, aquellas *guaguas*.